



Francisco Javier Jiménez S.J.

Las crisis y los retos que enfrentó le sirvieron para animarlo en su misión. No lo detuvieron.

El religioso jesuita sufrió críticas por favorecer el interés de los jóvenes en la política y por malinterpretarse sus acciones de estímulo a las vocaciones sacerdotales.

Conflictos en la vida de san Alberto Hurtado

A diez años de la canonización del padre Alberto Hurtado, vivimos en Chile un tiempo revuelto socialmente. Sentimos las tensiones del entorno, las distintas visiones de país, el desencuentro en torno a reformas urgentes, la corrupción, el malestar social. También al interior de la Iglesia vivimos esas crisis. Nadie puede negarlo. Muchos de nosotros nos sentimos desanimados o desengañados por estos conflictos sociales o eclesiales. San Alberto Hurtado también vivió cientos de ellos en su vida apostólica. Aquí repasaremos algunos y apreciaremos cómo, lejos de detenerlo, lo animaron en su vocación y misión... Quizá, santo en la Iglesia no es quien no tiene conflictos, sino el que los sabe enfrentar.

CONFLICTO POLÍTICO: ¿EVENTO RELIGIOSO O CONCENTRACIÓN POLÍTICA?

El Padre Hurtado debió sufrir duros cuestionamientos hacia su desempeño como asesor nacional de la Juventud Católica. En el plano político, las críticas le llegaron de dos frentes: desde el Partido Conservador y desde “los apolíticos”.

Dirigentes y miembros de esa colectividad política sostenían que ser católico implicaba militar en sus filas, pues esa entidad sería la exclusiva defensora de los intereses de la Iglesia. En tanto, la Falange Nacional había nacido recién, fundada por jóvenes conservadores disidentes, insatisfechos con el tratamiento dado a los problemas sociales. El sacerdote jesuita se resistía a promover el Partido Conservador entre los jóvenes y eso le fue recriminado, como si fuera un gesto de apoyo a la Falange.

En segundo lugar, fue criticado por quienes creían necesario desterrar todo indicio de política en el seno de la Acción Católica y rechazaban que él permitiera que jóvenes ligados a los partidos participaran en esta. Él, en efecto, era contrario a la desconexión de esa instancia con el gran número de jóvenes católicos que trabajaban en política. Creía que rechazarlos era cerrar las puertas a “excelentes cristianos”, que debían ser parte de esa iniciativa, cualquier fuera su color político.

Estas tensiones enrarecieron algunas de las actividades de Acción Católica. Incluso hicieron fracasar una. Con motivo del Congreso Eucarístico que se llevaría a cabo el año 1941, el Consejo Nacional de la instancia (su presidente era el joven William Thayer y su secretario, Sergio Lecannelier) organizó “una gran concentración de juventud católica en el teatro más grande de Santiago para unirla y caldearla en el espíritu eucarístico y de Acción Católica”, según anota el mismo el Padre Hurtado. El objetivo era reunir a la juventud católica en su conjunto, no solo a la que militaba en la organización. Por ello se buscó representar a las diferentes actividades: universitarios, obreros, deportistas, militares, políticos, amplitud que ayudaría, por un lado, a reforzar las últimas disposiciones de la Jerarquía en cuanto a la independencia de la Iglesia frente a los partidos políticos y, por otro, a sostener el derecho de todo católico a participar en la vida política sin detrimento de su posibilidad de involucrarse en la vida de la Iglesia. Frente a esto último el Padre Hurtado escribió: “Estas últimas instrucciones de la Jerarquía no han sido debidamente comprendidas por un sector de Acción Católica y se ha pretendido establecer un divorcio absoluto entre los que trabajan en ella y los que trabajan en política, como si una misma persona no pudiese colaborar en ambas actividades. Ante este hecho, el Consejo Nacional quiso demostrar prácticamente que los católicos que militan aun activamente en política pueden colaborar en obras de Acción Católica y hablar en asambleas”.

El conflicto comenzó a complicarse cuando surgió la idea de hacer hablar en la concentración a dos jóvenes políticos, uno del Partido Conservador y otro de la Falange. El Consejo Nacional quería dejar claro en este acto “el derecho que tienen los católicos a interesarse por la política” y reafirmar que “en forma alguna un católico tiene cerrado el campo de los partidos, que son organizaciones para realizar las aspiraciones de bien público”.

Al parecer, esta iniciativa comenzó a hacer ruido entre los mismos jóvenes. La discusión fue subiendo de tono y rebasó los límites de los organizadores. Las posiciones fueron muy diversas: algunos cuestionaron que se escogiera solo a dos políticos, excluyendo a otras tendencias; otros, que se eligiera a dos de derecha; otros sospechaban que la Iglesia podía estar tratando de unir a ese sector político (P. Conservador y Falange); a otros les preocupaba que se destacara demasiado el aspecto político en la concentración; otros temían que el Gobierno radical se viera ofendido con oradores solo de derecha; algunos opinaban que se había retrocedido diez años, queriendo dividir a la Acción Católica con peleas partidistas; otros creían que esta decisión no iba a ser comprendida por la masa de la Acción Católica, y algunos pensaban que el Congreso Eucarístico no era buen lugar para ventilar estos asuntos.

Ante esta desaveniencia, el Consejo Nacional decidió presentar el problema al Arzobispo de Santiago y este dispuso que se llevara adelante la concentración, pese a la oposición. Sin embargo, al recibir las protestas de Valparaíso, Los Andes y Concepción y la amenaza de boicotear todo el Congreso Eucarístico

En primer término, la Acción Católica no se encierra en las fronteras de un partido, pues la Iglesia y su misión están por sobre la política partidista. En segundo lugar, la Acción Católica debe abrir sus puertas a todos los católicos.

si no se suspendía la concentración, ese órgano directivo, previa consulta al Arzobispo, optó por suspenderla definitivamente. No podía ponerse en juego el éxito del Congreso Eucarístico y mostrar una juventud católica dividida. Esta suspensión, aunque prudente, generó un agudo malestar en el Padre Hurtado y el Consejo Nacional.

Muy probablemente a raíz de este conflicto suscitado en las vísperas del Congreso Eucarístico y del ambiente de tensión política generado por las elecciones presidenciales de 1942, el Consejo Nacional de la Juventud Católica decidió escribir una Carta Circular a sus miembros, en diciembre de 1941, con el objeto de aclarar los conceptos y principios básicos que deben orientar su actividad y su relación con la política. En ella se reiteran los principios esgrimidos en varios escritos del Padre Hurtado: en primer término, la Acción Católica no se encierra en las fronteras de un partido, pues la Iglesia y su misión están por sobre la política partidista. En segundo lugar, la Acción Católica debe abrir sus puertas a todos los católicos. Los jóvenes inscritos en sus filas pueden, como ciudadanos privados, adherir a los partidos políticos. Citando al Arzobispo de Santiago en una carta del 14 de noviembre de 1941, el jesuita expresa: “Debe enseñarse a los jóvenes que no hay oposición alguna entre ser militante de la AC y ser militante, y aun dirigente, de un partido político al cual, según las normas dadas por la Santa Sede, puedan pertenecer los católicos. Únicamente se ha declarado que, en general, no conviene que los dirigentes de la AC sean, a la vez, dirigentes de partidos políticos”.

CONFLICTO ECLESIAL: LAS VOCACIONES SOLO PARA LOS JESUITAS

El Padre Hurtado tuvo varios conflictos en el plano eclesial. Una carta a monseñor José María Caro, arzobispo de Santiago, del 22 de marzo de 1941 nos muestra una de esas dificultades. Ya en 1937 el Padre Hurtado le cuenta al padre Raúl Montes que ha ido adquiriendo mala fama en torno a las vocaciones, y que esa fama “hace mal”. Cuatro años después, el Padre Hurtado se siente obligado a escribir al Arzobispo de Santiago “para suprimir un malentendido que parece existe al presente y que quisiera evitar a toda costa”: está llevando todas las vocaciones a la Compañía de Jesús.

La carta sorprende por su transparencia y por el modo franco de enfrentar el conflicto ante el Arzobispo. Su argumentación es limpia y, por momentos, brillante. Expone diez puntos en los que prueba su inocencia ante las imputaciones. “Nunca he procurado disuadir esas vocaciones al Seminario ni encaminar-

El Padre Hurtado se siente obligado a escribir al Arzobispo de Santiago “para suprimir un malentendido que parece existe al presente y que quisiera evitar a toda costa”: está llevando todas las vocaciones a la Compañía de Jesús.



las a la Compañía¹. Y está dispuesto a probarlo con datos: “He procurado ayudar a diecinueve jóvenes a su vocación al clero secular, sin contar otros que han fallado antes de su entrada al Seminario, que son bastantes”, contra veintiún jesuitas “en cuya vocación me ha tocado intervenir en los cinco años de mi permanencia en Santiago”.

Resulta interesante cómo Hurtado pretende mostrar la miopía de la acusación de la que ha sido víctima. No es solamente un problema de veracidad, sino de falta de visión y de la estrechez con que se mide su trabajo. La acusación es injusta, según él, porque minusvalora el aporte que los jesuitas han hecho a la Iglesia chilena y el bien que significan las vocaciones religiosas. Pasa su *mensajito*: “Me ha llamado siempre la atención que cuando se habla de la falta de sacerdotes, incluso en las pastorales, se señala únicamente la falta de sacerdotes seculares, como si los regulares no sirviésemos a la Iglesia católica establecida en Chile”.

Además, acusa la falta de celo de los sacerdotes del clero a la hora de fomentar las vocaciones: “Yo estoy convencido de que habría muchas vocaciones al clero secular si hubiese muchos sacerdotes que trabajasen en este sentido. Pero, sin ánimo de crítica, creo que son muy pocos los que se preocupan de fomentar las vocaciones. Habiendo más de trescientas parroquias a cargo del clero secular y varios colegios, ¿cómo es posible que cada año no se ordenen más que diez sacerdotes seculares?”. Finalmente, le expresa, cordial pero sinceramente, su malestar por tener que gastar tiempo en estas aclaraciones: “Es una lástima que tengamos los sacerdotes que gastar tanto tiempo que necesitamos para nuestro trabajo apostólico en deshacer apreciaciones de nuestros hermanos de trabajo”.

El asunto no terminó ahí. En los años siguientes siguió hablándose mal del Padre Hurtado y su supuesto sesgo vocacional. En 1944 vuelve a escribir al Arzobispo Caro, diciéndole que se ha enterado de que algunos sacerdotes seculares han procurado disuadir a jóvenes que piensan en la Compañía, convencidos de que los jesuitas “no hacían labor en Chile, que la necesidad del momento era el clero secular; que en la vida religiosa se busca la comodidad; que cuando se hunde el buque no hay que pensar en retoques... que las parroquias son el cuadro esencial, etc.”. Monseñor Caro respondió de inmediato la carta del Padre Hurtado, reiterándole que su confianza en él se “confirma y acrecienta” y agradeciéndole “la grande colaboración que recibimos de la amada Compañía”. Conociendo el carácter afectivo y sensible del Padre Hurtado, el Cardenal con tono paterno lo animó a no dejarse vencer por las críticas y comentarios: “Desgraciadamente, por muy correcta que sea nuestra conducta, es imposible que estemos al abrigo de toda crítica. Si Nuestro Señor mismo no lo estuvo, sus discípulos no hemos de esperar mejor suerte que Él”.

CONFLICTOS AL INTERIOR DE LA COMPAÑÍA: “LAS MÁS AMARGAS SON LAS DE CASA”

Dos cartas de estos años nos revelan parte de los conflictos que Alberto Hurtado tuvo al interior de la Compañía. Ambas cartas son escritas al padre Pedro Alvarado S.J., superior general de la Viceprovincia de Chile. En la primera se trata de un conflicto por dineros. El Padre Hurtado fue el encargado del diseño, financiamiento y construcción del nuevo Noviciado en Marruecos (hoy, comuna de Padre Hurtado), y deducimos del tenor de la carta que varios jesuitas lo apoyaban contactando

¹ Salvo en un caso —dice—: el de un joven que “habría sido un pésimo sacerdote pues estaba muy expuesto a dejarse llevar por desalientos e impresiones, y necesitaba un marco permanente de disciplina alrededor de él”. Es interesante, porque es algo muy similar a lo que él mismo dice de sí veinte años antes, en su discernimiento vocacional: “Carácter poco enérgico, poca personalidad, escasas iniciativas, muchos desalientos. Necesita de apoyo, de ayuda, de estímulos, de un marco de hierro que en la Compañía encuentro. En el clero corro el riesgo de anularme” (s37y06).

bienhechores para dicho financiamiento. Todo indica que el padre Ambrosio Martí S.J. habría conseguido \$ 28.000 para la construcción de un monumento al Sagrado Corazón en el Noviciado y que habría escrito al viceprovincial quejándose por el uso de ese dinero. Sus quejas son varias: la imagen del monumento no corresponde al Sagrado Corazón, no le parece valiosa artísticamente, no se ha hecho mención pública alguna de su donación y, finalmente —lo más serio—, tiene dudas sobre el destino que el Padre Hurtado ha dado a esos fondos, puesto que se ha enterado de que la estatua fue donada por el artista.

El Padre Hurtado se defiende de estas acusaciones, reconociendo solo la verdad de la última. De la primera, señala: “No creo que para que un monumento sea del S. Corazón se requiera que tenga los rayos, ni las espinas, sino el Corazón, y lo tiene”. De la segunda, espeta solo una línea: “El arte del monumento es cosa discutible... Cada uno puede pensar lo que quiera”. Respecto de la tercera, contraargumenta, no sin un dejo de ironía: “No sé qué decirle... No se ha hecho mención pública de las limosnas que ha entregado nadie: ni de los \$ 120.000 que ha dado el P. Sergio Hurtado, ni de los 80.000 que ha dado el P. Abdón, ni de los 150.000 que han dado los P.P. Marambio e Yrarrázabal...”.

En relación con la última acusación, Hurtado reconoce que el monumento fue donado por el artista, pero que parte del dinero entregado por el P. Martí ha sido “gastado para el pedestal y pensaba gastar para terminar el jardín que lo rodea, que todo esto lo he estimado monumento, como que es la decoración misma del monumento”. Sin embargo, a reglón seguido, admite: “Es cierto que he procedido con poca franqueza con el Padre al no decirle a cuánto han ascendido estos gastos y mejor hubiera sido que lo hubiera hecho. La razón, que hace perdonable mi conducta, es la de los apuros enormes en que me he visto de dinero, y por eso creí que bastaba pedirle que ‘lo que sobrara del monumento’ lo pudiera aplicar a la obra, capilla, etc. Ha sobrado la mayor parte, tomando como gasto del monumento lo que indiqué”. A reglón seguido, ofrece reparar el mal, devolviendo los \$ 9.000 restantes o disponiendo lo que ordene el viceprovincial.

Pero el Padre Hurtado está molesto y se lo expresa a su superior: “Lo que lamento muy de veras es esta poca comprensión amistosa para ayudarnos como hermanos, y de susceptibilidades que amargan bastante la vida. Hay hartas molestias en trabajos como este, pero las más amargas son las de casa. He procurado ayudar lealmente al Padre Martí en lo que he podido; servicios en la iglesia, predicaciones, sirviéndole de intermediario en el asunto de los ganchos de la iglesia... En todo esto he procurado proceder como buen hermano, a pesar de todo el trabajo que he tenido...”.

El Padre Hurtado piensa que el P. Martí está sentido en algún modo con él porque no lo ha ayudado más en la iglesia y en los arreglos de la capilla doméstica. Ante este posible reproche, se excusa: “No he podido hacer más aunque hubiera querido, porque V. R. sabe cómo he estado de trabajo en el verano y que he debido recluirme en Marruecos” (hoy, Padre Hurtado).

Para terminar, el Padre Hurtado no pierde la oportunidad de

“La injusticia causa enormemente más males que los que puede reparar la caridad”.

SAN ALBERTO HURTADO S.J.

dar cuenta a su superior de otro conflicto que también lo tiene dolido: “A todo esto se suma la ninguna colaboración que he encontrado del hermano Mendoza cuando he intentado meterme en esto; una vez me faltó gravemente el respeto delante de los arquitectos”.

Contamos con otra carta al viceprovincial Alvarado que relata otro conflicto “doméstico” (s62y019). Esta vez, es el Padre Hurtado quien toma la iniciativa y escribe a su superior quejándose por las dificultades que tiene con el rector del Colegio San Ignacio, porque no le permite funcionar con los alumnos de liceos fiscales en las dependencias del Colegio. El Padre Hurtado, con permiso previo, había comenzado a trabajar con alumnos de algunos liceos de Santiago, organizando para ellos círculos de estudio. “Son muchachos, porvenir de nuestra Patria, de familias de clase media, los que más podrán influir en los destinos de Chile”, le dice al padre Alvarado. Pero, con dolor, señala: “En el fondo no veo que (el rector) mire con simpatía estas obras que traen algún trastorno a la vida de paz de la comunidad o del Colegio”.

Sin embargo, no se trata de una queja chismosa. Él ya ha pensado en la posible solución para ensanchar su apostolado con los jóvenes provenientes del sistema público de educación. Le propone utilizar el Instituto Nocturno San Ignacio y convertirlo “en una verdadera casa de liceanos, que se reunirían allí las tardes y podrían jugar, cantar, tomar una taza de café que les serviría la cuidadora. Hacer un verdadero hogar de liceanos y así se daría más vida a esta casa que ahora solo se aprovecha durante las noches”. En su entusiasmo apostólico arrollador, ve necesario que se le “autorizase a conseguir algunos fondos para arreglar un poco un par de piezas y me permitiera ponerme en contacto con las señoras de la Obra Pío X que atienden a liceanos, para que nos ayuden a financiar esta obra... Incluso sería un ideal poder dotar al Instituto Nocturno de una sala gimnasio que sería un complemento del Instituto y de esta obra, y aun quizá del Colegio”.

En el punto siguiente de la carta, sus reclamos continúan contra el rector del Colegio San Ignacio: “Me ayuda poco en lo que se refiere a la Acción Católica; para él la obra es el Colegio”. El Padre Hurtado se queja de que no les da permiso a los alumnos para salir a las concentraciones y que pone múltiples dificultades para las actividades: “Es triste que, siendo yo el asesor, y el presidente del grupo de colegios un alumno de 6º año de San Ignacio, no encontremos facilidades en nuestro propio Colegio”. Y concluye: “Decimos con frecuencia que Roma quiere la Acción Católica; que el Padre General ha ordenado prestarle toda colaboración, pero me temo que esta colaboración sea más nominal que real, a juzgar por las dificultades que se encuentran”. **MSJ**